

CERVANTES CLÁSICO DE EUROPA

No pecamos nosotros, los españoles, por exceso de celo en el culto de nuestros clásicos; pocos pueblos son tan desatentos y distraídos en esa especie de deber que es la atención a los grandes creadores. Nuestra resistencia ante la Historia se extiende hasta esta, en cierto modo contraria a la grande y sangrienta, a la literaria. Y basta que una obra de alguien nos sea presentada con carácter histórico para que nuestro ánimo se cierre y la frialdad llegue a cristalizarse haciendo casi imposible que su voz se deslice en nuestro interior.

No es Cervantes una excepción. Hasta tal punto que nos llegamos a preguntar si se habrá equivocado el designio oficial al señalarlo como clásico entre todos, los eruditos y críticos que en

la corriente continua han hecho de la obra enigmática el lugar preferido de comentarios e investigaciones, y todavía los que desde la más honda perplejidad ante el destino de España, como Unamuno y Ortega, sitúan en el hombre y en su obra el centro de nuestro problema. ¿Es Miguel de Cervantes nuestro clásico entre todos?

Tal es nuestro desapego que la pregunta no puede por menos de surgir, pero no parece existir error alguno. El enigma de su obra conviene al carácter enigmático de nuestra historia y más allá de la obra ambigua, la vida de su autor, permanentemente acosado por la pobreza y la desventura, participante en la más sonada victoria de nuestros siglos, es el vencido por excelencia, el vencido por antonomasia. Caballero de cristalina moral, pasa ante la posteridad envuelto en aventuras de la más turbia picaresca, elegido por la gloria oficial permanece anónimo... sí, no cabe duda, es el nuestro.

Y si los españoles fuésemos capaces de confesiones, muchos confesaríamos haberlo sentido alguna vez cercano e inaccesible, inclinada su

cabeza en gesto de infinita cortesía, escuchando el latir de nuestro corazón apesadumbrado, recogiendo nuestra soledad, penetrando en su interior hasta transformar nuestra angustia en sonrisa.

Y esto: transformar la angustia en sonrisa, en lágrimas también, es la función del clásico, que solo han cumplido unos cuantos hombres, los solos que merecen en verdad el nombre de autores.

Porque un clásico es un autor por excelencia. Y un autor es alguien que está ahí brindando su paternidad, todavía más que ofreciéndonos sus creaciones ya hechas. Se nos aparece, ante todo, como un ser capaz de escuchar el relato de nuestra vida aun antes de que haya llegado a ordenarse, en la confusa y turbia fuente donde se originan los conflictos que no llevan nombre, cuyo nombre no acertamos a descubrir. Ellos recogieron a sus personajes cuando vagaban sin sede, cuando eran nada más que criaturas absurdas; transformaron al monstruo en personaje. Y todos en algún momento de nuestra vida estamos en

peligro de ser monstruos. Pero esto requiere un poco de explicación.

La vida humana, la de cualquiera, necesita ser contada, vale tanto puesta en orden inteligible. Necesitamos tener a alguien a quien irle con el cuento de nuestras penas, sobre todo cuando rebasan la capacidad de nuestra conciencia; cuando sentimos que el absurdo de lo que nos pasa nos envuelve, oculta a nuestro ser de la luz natural y no nos atrevemos, avergonzados, a afrontarla. Porque el excesivo infortunio avergüenza. Y la insistencia del dolor llamando a nuestra puerta se confunde con la culpa y entonces es el horror simplemente lo que nos rodea y nos sentimos errantes por la frontera misma en que la vida humana deja de serlo. Alguien ha de venir a rescatarnos.

Es el maleficio más sutil que ejecutan los que atormentan: llevar a la víctima hasta ese fondo del horror primario, a la angustia donde la existencia es simplemente una culpa. *Porque el delito mayor del hombre es el haber nacido*, dice entre la vida y el sueño, Segismundo y con él todos los hombres acosados por el padecer excesivo.